

DE EGIPTO A BERLÍN

El alemán que donó el busto de Nefertiti y fue cancelado por los nazis



• James Simon fue una figura clave para la cultura de Alemania. Sin su generosidad, los grandes museos de Berlín no serían hoy lo mismo. ¿Por qué el nazismo borró su memoria?

 VER IMÁGENES

James Simon, c. 1901 (© Colección privada / Staatliche Museen zu Berlin)

EVA MILLET

14/11/2023 06:55



Escuchar este artículo ahora

10 10 1.0x

00:00

08:37

Berlín, Isla de los Museos, Patrimonio de la Humanidad desde 1999. Entre los imponentes edificios prusianos de piedra oscura destaca una moderna estructura, en blanco prístino y con una columnata de líneas racionalistas, obra del arquitecto David Chipperfield. Es la entrada al **Museo de Pérgamo** y al Neues Museum, donde se exhibe el icónico **busto de Nefertiti**.

En una de las fachadas de esa nueva construcción, hay un nombre grabado en grandes letras: James-Simon-Galerie. Representa el desagravio de la sociedad alemana a James Simon, personaje fundamental en la historia de la ciudad. Un empresario judío que donó diez mil piezas de arte (entre ellas, el busto de **la reina egipcia**), además de desempeñar una destacada labor social.



Entrada de la James-Simon-Galerie, en la Isla de los Museos, Berlín. © Ute Zscharnt für / for David Chipperfield Architects. (Staatliche Museen zu Berlin)

Pese a su legado, James Simon fue arrinconado durante décadas, cuando el nacionalsocialismo lo borró de la historia. En la ideología nazi no se podía tolerar que un mecenas judío hubiera tenido un papel tan prominente en el desarrollo de la capital de Alemania.

Mayoristas de algodón

La recuperación de su figura empezó en el nuevo siglo y tuvo su punto culminante en 2019, cuando la canciller alemana **Angela Merkel** inauguró la flamante ala de la Isla de los Museos bautizada con su nombre. El acto contó con la presencia de las principales autoridades del país y de los descendientes de Simon.

De esta manera se resarcían los años de olvido de un hombre que nació en Berlín en 1851, en el seno de una rica familia judía dedicada al comercio del algodón. “Tuvo una infancia protegida; en un hogar de clase alta, donde recibió una educación humanística”, cuenta por correo electrónico el historiador Olaf Matthes, cuyo doctorado versó sobre Simon. Matthes explica que asistió a la escuela secundaria más prestigiosa de Berlín, aprendió a tocar el violín y el piano “y estaba muy interesado en el arte y la historia”.

Pese a ello, su destino era la empresa familiar: Gebrüder Simon (hermanos Simon), donde empezó a trabajar una vez acabó su educación formal. El negocio funcionaba de maravilla: la **guerra de Secesión americana**, que estalló en 1861, había paralizado la exportación estadounidense de algodón a Europa. Gebrüder Simon se había convertido en el mayorista más potente del Viejo Continente.

Cuando, tras la muerte de su padre, James se hizo cargo del negocio, con veinticuatro años, el dinero entraba a espuestas. Con su esposa Agnes, hija de otra rica familia berlinesa, se mudó a una espléndida casa en Tiergartenstraße, la calle más elegante de la ciudad. Su posición entre la alta burguesía estaba consolidada, así como sus relaciones con el poder; entre ellas, el mismísimo káiser. De hecho, a Simon se le conocía como un *Kaiserjude*, o “judío imperial”, que, como explica el doctor Matthes, “fue un término denigratorio para con los judíos que tenían contacto con el káiser **Guillermo II**”.

Un gabinete de curiosidades casero

Simon, explica su biógrafo, fue un excelente hombre de negocios. Pero su pasión por la cultura se mantuvo incólume, así que, en cuanto fue financieramente independiente, empezó a comprar arte. Resultó ser un coleccionista ecléctico, aunque su primera colección se centró en el Renacimiento.

Atesoraba las piezas en su casa, donde creó un espectacular “cuarto de las maravillas”, o gabinete de curiosidades. Entre las obras, un soberbio cuadro de Mantegna –una *Virgen con niño*–, tondos, esculturas y piezas de mobiliario. En paralelo, James y su esposa, padres de tres hijos, desempeñaron una importante labor social, haciendo hincapié en la atención a la infancia.



El Museo Bode, junto al río Spree, y la Berliner Fernsehturm, la torre de la televisión, al fondo (Propias)

La primera donación de James Simon al Estado se produjo con motivo de la apertura, en 1904, del Museo Kaiser-Friedrich (hoy Museo Bode). Como coleccionista y patriota prusiano, el empresario consideró que su deber era regalar las quinientas obras que componían aquella primera colección de arte renacentista. Solo puso una condición: las piezas deberían mostrarse en el museo prácticamente como las tenía en su casa, en forma de gabinete, durante cien años.

La premisa le pareció bien a Wilhelm von Bode, el impulsor del nuevo museo, quien, además, conocía a fondo a Simon, ya que le había asesorado en sus compras de arte. La relación entre ambos, como explica el doctor Matthes, fue compleja: “No fue una amistad en el sentido clásico del término, pero sin Bode y su asistente, Max J. Friedländer, Simon no habría tenido el criterio experto para construir una colección de ese nivel”.

Pasión por las antigüedades

Podría decirse que aquella fue una fructífera relación de conveniencia, aunque Bode deploró que, tras la primera donación, Simon empezara a coleccionar de manera más independiente. De todos modos, cuando en 1918 decidió también donar su segunda colección, que comprendía más de trescientas piezas de arte medieval, el ya director de los museos de Berlín se mostró encantado ante aquel nuevo gesto.

“Esa segunda donación se hizo tras la derrota en la Primera Guerra Mundial, época en la que era más común que los coleccionistas vendieran sus obras al mejor postor. Fue una declaración de principios para completar el llamado ‘Museo Alemán’, que hoy está en el ala norte del Museo de Pérgamo”, explica el doctor Matthes.



Vista del gabinete de James Simon en el Museo Kaiser-Friedrich, 1904. (© Staatliche Museen zu Berlin / Zentralarchiv)

Este último museo también debe mucho a Simon, quien tenía otra debilidad: las antigüedades. En 1898, fundó la Sociedad Alemana de Oriente, con el objetivo de financiar excavaciones arqueológicas, campo en el que las entonces grandes potencias, Inglaterra y Francia, se disputaban la supremacía.

En 1911, se empezó a trabajar en Tell el-Amarna, en una expedición dirigida por el arqueólogo Ludwig Borchardt. La excavación en la antigua capital egipcia obtuvo miles de piezas, de las que cinco mil se llevaron a Berlín. Entre ellas destacaba una: **el busto de la reina Nefertiti**.

Una fortuna para excavar

Las crónicas explican que Borchardt disimuló la importancia de la efigie ante las autoridades responsables de autorizar su traslado a Alemania. Ello explica que, desde hace décadas, **Egipto reclame la devolución de Nefertiti**, alegando que su salida del país fue ilegal.

Hoy el busto es un icono de los museos berlineses y se muestra, en solitario, en una sala magnífica. Pocos saben que antes de exhibirse allí estuvo en el salón de la mansión de los Simon, en Tiergartenstraße. “Sí, aunque solamente lo tuvo allí durante unas semanas. Sabemos que hizo hacer dos copias: una para él y otra para el káiser. Casi todo el mundo estaba fascinado por el colorido busto de Nerfertiti, y James no fue una excepción”, explica Olaf Matthes.



Busto de Nefertiti. (© Staatliche Museen zu Berlin, Ägyptisches Museum und Papyrussammlung / Sandra SteiB)

En total, Simon gastó medio millón de marcos de la época en financiar las diferentes excavaciones alemanas en Oriente Medio y Egipto. La donación formal de los hallazgos de Amarna tuvo lugar en 1920. No sería la única de esta índole: el mecenas también fue patrono de la excavación que llevó a Berlín la **puerta de Ishtar** y parte de las murallas de Babilonia, que son otras de las joyas del Museo de Pérgamo.

La década de los veinte fue muy difícil para Simon: la crisis financiera afectó al comercio del algodón, y, pese a que inyectó grandes sumas de dinero, tuvo que cerrar su empresa en 1927. También cerró la casa de Tiergartenstraße y vendió los restos de su colección. Ya viudo, se mudó a un nuevo domicilio, más discreto, donde residiría hasta su muerte, en 1932.

La memoria restituida

No sería testigo, pues, de la locura de la **Alemania nazi**, donde la existencia de un patrón de las artes judío era algo contrario al fanatismo imperante. Sin embargo, fue otra víctima de las políticas racistas del Tercer Reich: en 1939, su gabinete fue desmantelado y su nombre pasó inadvertido durante décadas, hasta su reciente rescate y homenaje. El desagravio ha incluido la restitución de su *Kabinett* en la misma sala del Museo Bode donde se colocó hace más de un siglo.



El 'Kabinett' (gabinete) de James Simon reconstruido en el Museo Bode, 2019. (© Staatliche Museen zu Berlin / Antje Voigt)

“La recuperación de la figura de James Simon es realmente una historia sui géneris, vinculada a la posguerra alemana y a la Guerra Fría”, dice Olaf Matthes, quien cuenta que él no pudo acceder a los archivos sobre Simon, custodiados en Alemania Oriental, hasta 1989. Pero, con la **caída del muro**, todo cambió y pudo investigar y publicar su tesis doctoral.

De este modo, resume: “Se despertó el interés por el importante papel que tuvieron los filántropos judíos en las artes, la ciencia y los asuntos sociales en la época imperial y la República de Weimar”. Y, como destaca el historiador, en ese grupo de hombres cultivados y con responsabilidad social, “James Simon fue una figura paradigmática”.
